

—*Los personajes de sus novelas, Álvar Núñez Cabeza de Vaca o Lope de Aguirre, entre otros, son viajeros impenitentes. ¿Tiene esto relación con su existencia trashumante? ¿Qué concepción tiene del viaje?*

La antigua idea de que la vida es viaje, de la vida como un pasar, como un itinerario que se va cumpliendo a través de una topografía que puede ser una geografía o un espacio interior se trasluce en mis novelas. El personaje en mis novelas es viajero y esto es verdaderamente recurrente en todos mis libros desde el primero al último, como ocurre con Colón en *Los perros del Paraíso*, Álvar Núñez en *El largo atardecer del caminante*, o Walther Werner en *El viajero de Agartha*. En esta pulsión veo la idea de que el viaje es esa continua sensación de despedida que es similar a la estela del barco que va desapareciendo en el agua. El viaje es un poco la perplejidad ante la vida, ante el tiempo que pasa y va dejando a nuestras espaldas una nada que es muy difícil de superar salvo a través de una obra de arte, como hizo Proust. No sé si es un recurso estético el que considere mi vocación narrar viajes, pero realmente es ineludible decir que mis novelas están siempre ligadas al viaje.

—*El tema del poder ha sido objeto de continua reflexión por su parte en novelas como Daimón o Los perros del Paraíso. ¿Por qué le resulta tan atrayente este tema?*

El poder es un tema contradictorio; no podemos cambiar la vida sin el poder y deseamos cambiar la vida por la repulsión y opresión que nos causa el poder. Estamos encerrados en torno al tema del poder; sin poder no hay política y sin política no hay cambio, y cuando entramos en la política para el cambio nos termina dominando el poder, un ejemplo es la revolución rusa o la caída del maravilloso y noble liberalismo en esta burla del mercantilismo desenfrenado de la sociedad contemporánea. Me gusta desentrañar la forma como nosotros los hombres vivimos esa contradicción permanente. He estado más bien del lado del poder, no soy un escritor que haya visitado los contrapoderes ni siquiera en mi vida personal, porque desde los treinta años he sido diplomático por lo que soy un emboscado, como diría Jünger; estoy en la sociedad pero la desdeño como también desdeño la ingenuidad de los que no creen en el poder y creen solamente en los valores sin darse cuenta en qué medida las mejores intenciones son burladas por la organización del poder mundial en lo económico y en lo político.

Personalmente vivo esa contradicción, es probable que por eso cuando escribo mis novelas igual que siempre aparece el viaje aparece también el tema del poder. Quisiera exorcizar el poder, ennoblecerlo, santificarlo aunque sé que es muy difícil, imagínese la experiencia de América Latina cuando llegó el poder santificado de la nueva religión europea, del judeocristianismo y derivamos luego en curas opresores como el obispo Landa que quemó todos los códices mayas. Hemos vivido esa contradicción de Occidente al haber asumido formas nobles para imponer un poder y terminar vapuleando toda nobleza política desde la ebriedad del poder, porque el poder crea una especie de enajenación por lo que es una de las dimensiones importantes de nuestro conflicto humano, de nuestro estado de seres intermedios, como decía Rilke, al estar entre el animal y el ángel. Somos seres desdichados, muy destructores y no obstante tenemos la jactancia de creemos los privilegiados de la Creación.

—*En su novelística el mito está omnipresente, de hecho muchos de los personajes que usted recrea tienen una aureola mítica incuestionable, como Eva Perón o el Che Guevara. ¿Qué relación ve entre la literatura y el mito?*

Creo que es otra relación ineludible del ser humano y pienso además que el personaje mítico es un paradigma, un impulso, un ejemplo en el caso de las vidas ejemplares, como se decía antes, y un llamado en este momento en que la condición humana ha caído, en el que el hombre es un ser sin relieve; por eso cuando surge algún personaje como el Che Guevara o Eva Perón lo saludo con nostalgia. Estos personajes caídos del Renacimiento o del espíritu de Nietzsche, que irrumpen en una sociedad profundamente aburrida en lo transaccional, en lo convencional y tratan de levantarla, de quebrarla hacia lo heroico me parecen extraordinarios. En alguna ocasión hablé de este tema con Borges, que admiraba mucho a Carlyle y el tema de los héroes en él. Hay una nostalgia en el gran arte; nosotros no producimos ni dioses ni titanes. Es tiempo de mediocridad.

Este es un momento muy grave de la humanidad, pues nos enfrentamos a un mundo gris basado en la seguridad y en los pequeños goces y placeres, al que le falta una dimensión espiritual y en el que sé que resulta casi ingenuo recomendar una vida con heroísmo, pero de todos modos me siento volcado hacia ello. Cuando escribí sobre Eva Perón encontré una dimensión humana de mujer en esa América Latina ma-

chista, en esa Argentina tremendamente conservadora, que me atrajo notablemente, y algo semejante me sucedió con Guevara luego. Ambas figuras se han ido transformando en paradigmas. En personajes mundiales. En ambos casos mi móvil no fue político.

—*En Los cuadernos de Praga recrea la estadía secreta del Che Guevara en esta ciudad mientras preparaba su campaña de Bolivia. En su prólogo a la novela declara que Vlášek, un antiguo agente, le facilitó el acceso a una versión mecanografiada de los Apuntes filosóficos y Los cuadernos de Praga que escribió Guevara durante esta etapa ignorada en su vida. ¿En realidad tuvo acceso a estas obras o son una invención que apuntala su novela?*

Es una semiinvención que sirve de soporte a la novela y digo esto porque Guevara era un escritor, un criptómano que no escribía, un poeta que no tenía que escribir poemas; los escribía como los verdaderos poetas, como por accidente. Fui varias veces a Cuba para escribir mi libro y en un encuentro con una persona que había acompañado a Guevara durante su estadía secreta en Praga me confirmó que escribía como siempre, también escribió un diario en el Congo que fue descubierto y publicado a medias porque tras este fracaso se encerró en Tanganika para redactar con un secretario al que dictaba la aventura y la derrota que había vivido en el Congo. En Praga estuvo cinco meses en dos «casas de seguridad», vivía escondido para preparar su viaje a Bolivia y ahí escribió mucho, según me dijo esta persona. Quiero decir que esos cuadernos existen, pero no los vi. Creé los cuadernos en base a datos que él expresó en cartas, en documentos y sobre todo a partir de la forma como actuó en su compromiso real. No vi esos cuadernos pero sé que existen y la versión que tengo es que esos cuadernos están en Cuba. Pierre Kalfón, el biógrafo francés de Guevara, da por cierto y existentes esos Cuadernos... Se supone que los puede tener Aleida March, la viuda de Guevara.

Los cubanos fueron muy generosos conmigo y me permitieron conocer a gente que había acompañado a Guevara. Entrevisté en París, porque se había separado del régimen, a Benigno y a otros que lo acompañaron. La mujer de Guevara, Aleida March, me invitó a la casa donde ellos habían vivido y en la que, en aquel momento, estaban preparando la inauguración de un museo. Fuimos a esa casa y nos sentamos en los mismos sillones donde se sentó Guevara el último día que estuvo en la casa y me dijo una cosa curiosa, que tenía muchos papeles

suyos, incluso que cuando cayó Perón en el 55 escribió un poema titulado «Una rosa para Juan Domingo Perón». Lo pedí, pero no me lo quiso facilitar. En cambio pude transcribir otro poema que consiguió Lee Anderson, que aparece en mi libro y es muy interesante para mostrar el yo profundo de Guevara.

Hay muchos documentos de Guevara porque era un criptómano, como dije, no olvide que durante la campaña en Bolivia escribió un diario sentado entre las ramas de los árboles, imagínese si no iba a escribir en esa Praga invernal, con un invierno que dura seis meses o siete. Hasta la fecha se han editado tres tomos de las obras completas de Guevara, pero allí tampoco estaba el diario del Congo que finalmente se publicó porque tres compañeros de Guevara escribieron el libro *El año donde no estuvimos en ninguna parte*, para recordar esa aventura donde Guevara tuvo la primera indicación de que la visión teórica que tenía de un hombre universal que reclamaba la justicia no era viable: hay hombres que reclaman otras cosas, según otras culturas. La antropología marxista era una generalización torpe, una globalización pedestre.

—*Usted ha declarado que el Che llevó a cabo una rebeldía contra los poderes socialistas y occidentales. ¿Podría ampliarnos esta idea?*

El Che Guevara, como Eva Perón, sentía una repulsión total por el sistema liberal capitalista, consideraba a los ricos como una desgracia. Eva porque los había sufrido en su infancia y Guevara por el esnobismo de una persona que supera su clase. Por un lado estaba la sociedad capitalista occidental aquella en la que se puede vivir mejor, lo que es una paradoja total porque si bien está fundada en el egoísmo es la que ha dado más cosas a más gente, pero sucede también que es una sociedad filosóficamente intolerable. Por otro lado estaba la sociedad socialista donde él reclamaba el heroísmo, la generosidad, los valores cristianos, la preocupación por el otro, la comprensión y el respeto, pero se encontró con una sociedad represiva tradicional, con ambiciones capitalistas. La gente también quería las cosas, quería un consumo, quería viajar, quería la libertad del hombre pequeño de la sociedad occidental. El Che se encontró encerrado entre esas dos evidencias. Cuba era como una llamarada heroica, pero aislada y apagándose en medio del Atlántico, él creía que la revolución cubana solamente iba a poder salvarse de su agonía final revitalizando los socialismos mundiales y para hacerlo pensó que se debían crear uno, dos, tres, cuatro Vietnam.